

La Democracia como concepto Sociopolítico

Felipe González López

RESUMEN

Democracia es un concepto que utilizamos cotidianamente en la conversación social para evaluar la calidad de nuestro sistema político, enjuiciar un determinado régimen con rasgos autoritarios, criticar la labor de las élites o simplemente manifestar determinadas aspiraciones de igualdad. Sin embargo, a pesar de su potencia semántica pocas veces manejamos una definición sistemática y rigurosa de la misma. En estas breves páginas quisiéramos revisar algunos elementos clave que nos permiten enmarcar cualquier intento de definición y comprensión del concepto de democracia. Específicamente proponemos iluminar su significado ofreciendo una aproximación novedosa a partir de la tradición comprehensiva de Reinhart Koselleck, entendiendo a la democracia como un *concepto sociopolítico*.

1. INTRODUCCIÓN

La democracia como experiencia histórica tiene aproximadamente 2600 años desde su primera aparición en la antigua Grecia, donde se fundó el núcleo denso de su significado que hoy bien conocemos como la conjunción de la palabra *Demos* (pueblo) y *Kratia* (gobierno), el “gobierno del pueblo”.

Pero si bien desde entonces se ha venido hablando de ella, en el mismo periodo de tiempo su institucionalización en formas de organización político-sociales concretas no ha superado los 400 años. De hecho, si consideramos que dicho sistema sólo logró consolidarse con relativa estabilidad en el mundo desarrollado desde la segunda mitad del siglo XX, y en Latinoamérica la matriz socio-política reemprende recién el tránsito hacia la democracia - con diferencias importantes en los países que la componen - a finales del siglo pasado e inicios del XXI¹, caemos en la cuenta de que la democracia como forma de organización consolidada es una aspiración reciente de los Estados Nacionales de occidente.

¹ MANUEL A. GARRETÓN, MARCELO CAVAROZZI, PETER CLEAVES, GARY GEREFFI & JONATHAN HARTLYN (2004), América Latina en el siglo XXI, Hacia una nueva matriz sociopolítica, Lom Ediciones. Santiago.

Por eso, el desarrollo de la democracia emprendida en Grecia, pasando por Roma y derivando en lo que muchos consideran los inicios de su forma moderna en Estados Unidos, no puede entenderse como un proceso lineal de evolución. Más bien, podemos hallar su presencia de forma esporádica en distintas épocas y lugares, y bajo diversas formas de institucionalizar los principios de participación y representación que le dieron nacimiento. Pues así como su expansión en la historia puede relacionarse con la aparición y consolidación de determinadas ideas y prácticas democráticas, al igual que “el fuego, la pintura o la escritura, la democracia parece haber sido inventada más de una vez, y en más de un lugar”².

A toda la trayectoria que arranca en Grecia, pasa por Roma (república hasta el 130 d.C.), se desenvuelve en las ciudades-Estado Italianas (1100 d.C.) y reaparece en Gran Bretaña y Francia (siglo XVIII), hay que agregarle otra característica: en el intertanto de esta historia la democracia también ha sido producto del pensamiento occidental que le dio nacimiento y la nutrió de significados y aspiraciones. Esto derivó en que el significado y la valoración de *la democracia* cobraran significados distintos según los contextos socioculturales en que se le diera sentido al concepto; el sentido de la democracia tiene historicidad.

De forma general estas consideraciones históricas y conceptuales sólo nos esbozan el problema. Más bien nos presenta el importante hecho de que la democracia es un objeto de múltiples dimensiones, imposible de aprehender como una definición enciclopédica. Esto ocurre básicamente porque, como nos interesa ver a continuación, su evolución institucional (como formas de organización concretas) y semántica (como significado) discurrió siempre entre interrumpidas experiencias históricas, la forma en que el pensamiento social ha dado sentido a dichas vivencias, y la deseabilidad que ha operado como trasfondo normativo del concepto. En esta dinámica descansa la imposibilidad de aprehender el concepto como una unidad de significado.³

Como punto de partida, tener en cuenta 2 consideración: a) que sin la verificación de lo que la democracia ha sido, o sea, su institucionalización, la prescripción inicial “el gobierno del pueblo” resulta irreal; pero a su vez, b) sin dicho ideal una democracia tampoco es tal.⁴ La definición del vocablo sólo explica el nombre, pero no basta, porque no engloba la complejidad del concepto.

² ROBERT DAHL (1999), *La democracia, una guía para los ciudadanos*, p15. Taurus, Buenos Aires.

³ De hecho para el año 2000 Collier y Levitsky indicaban que en 150 trabajos recientes sobre democracia se podían identificar 550 sub-tipos de democracia mencionados. Frente a esto, la teoría política de forma sistemática nos sitúa frente a la compleja pregunta de si ¿debemos entender la democracia como una construcción a priori o ex post-facto? es decir ¿debemos describirla tal como se nos muestra en la historia, o bien, como un ideal hacia el cual debemos aspirar? En palabras simples, la democracia ¿es lo que es o debe ser otra cosa?

⁴ GIOVANI SARTORI (1993), ¿Qué es la democracia?, Altamira Ediciones. Bogotá.

2. ENTONCES ES NECESARIO DEFINIR LA DEMOCRACIA

Entonces definir conceptualmente la democracia será siempre problemático, pero no por ello resulta imposible. Lo que sí hay que hacer, es tomar las debidas precauciones teóricas al momento de definirlo y luego utilizarlo.

De modo general, cuando se habla de democracia se suele utilizar la distinción entre democracia como un objeto que de hecho existe en algún lugar y democraticidad como un adjetivo que permite graduar dicha existencia. Se trata de dos focos de observación que nos permiten formular dos preguntas distintas, pero que a su vez dependen la una de la otra: a) ¿qué es democracia? Y b) ¿cuánta democracia existe?. Así, por ejemplo, cuando comúnmente nos interrogamos acerca de las democracias Latinoamericanas o de algún caso particular de régimen democrático, estamos intentando dar respuesta a la segunda pregunta. Esto es lo que han venido haciendo la mayoría de los estudios sobre democracia en Latinoamérica, principalmente a partir del problema de la participación. Pero, sin definir previamente qué es democracia ¿es posible dar respuesta a la pregunta acerca de cuánta democracia existe en un determinado tiempo y lugar? ¿Podemos establecer en qué medida es posible y deseable articular la participación y la representación? Obviamente no, y por eso arribar a una definición operativa de la democracia es también necesario.

En esta intención se han ensayado distintas estrategias de definición, las cuales ponen su énfasis en distintos ámbitos del concepto: a sus procedimientos e instituciones, a lo que la democracia ha sido en la historia, a las prácticas y culturas que requiere, a la noción de orden que le subyace, y también a lo que debiera ser como tipo ideal de auto-gobierno; cada una de ellas abordando alguna de las dimensiones del concepto. El problema es que cualquiera sea la estrategia que se adopte, es preciso articular de una u otra forma los distintos niveles que el concepto engloba, una constelación de instituciones, prácticas, discursos y estructuras que no son necesariamente consustanciales a la democracia, pero que sí se han naturalizado en la conversación social.

Asumiendo esta complejidad, quisiéramos sistematizar las definiciones de democracia desarrollando algunas de sus especificidades analíticas más importantes, explorando específicamente su significado a la luz de la noción de concepto socio-político que nos ofrece Reinhart Koselleck.

3. LA DEMOCRACIA COMO CONCEPTO SOCIOPOLÍTICO

De forma breve, el estudio de los conceptos entrega un punto de acceso fundamental para comprender los fenómenos históricos, y permite hacernos cargo de la problemática que aquí hemos planteado: delimitar el significado de la democracia a

pesar de la diversidad de experiencias históricas a las cuales remite, y (por lo tanto) de la multiplicidad de significados que posee. ¿Cómo hacer esto?

Para Koselleck, la Historia Conceptual es la disciplina histórica que se ocupa de los textos y palabras que sirven para la interpretación del “estados de cosas y movimientos que no están en los textos mismos”⁵, es decir la Historia Social. Pero la importancia de la Historia Conceptual no radica en su carácter subsidiario, ya que “El método de la historia conceptual es una *conditio sine qua non* para las cuestiones de la historia social”.⁶ En consecuencia, lo radicalmente importante de este paradigma interpretativo es que la Historia conceptual tiene absoluta preferencia en la reflexión sobre la conexión entre el concepto y sociedad. En estas notas quisiéramos destacar tres características que Koselleck sitúa como fundamentales sobre los conceptos sociopolíticos y que nos permiten sistematizar finalmente el significado de la democracia.

3.1 La democracia permite traducir una experiencia histórica: aunque es mucho, no es cualquier cosa

El primer supuesto es que parte importante de las experiencias históricas se condensan en conceptos sociopolíticos. Estos permiten dar sentido a las vivencias de una comunidad histórica de sentido, organizar en el lenguaje lo que sucede en un determinado momento y lugar, y traducir así aquello compartido en una experiencia histórica.

De este modo, si bien cada concepto depende de una palabra, estas no necesariamente se constituyen en un concepto sociopolítico. Más bien, una palabra expresa un concepto sociopolítico sólo cuando “la totalidad de un contexto de experiencia y significado sociopolítico, en el que se usa y para el que se usa una palabra, pasa a formar parte globalmente de esa única palabra”⁷. ¿Qué hay de esto en el caso de la democracia?

Como mencionamos anteriormente, la principal dificultad que enfrentamos al definir la democracia radica en la multiplicidad de experiencias que condensa. En primer lugar, se remite a la experiencia histórica que dio nacimiento al concepto en la Grecia Antigua. Visto así, como experiencia participativa la democracia se fundó en el marco de la polis⁸ y se reprodujo con posterioridad en sus imitaciones medievales. Pero

⁵ Reinhart, *Historia Conceptual e Historia Social*, en: Futuro Pasado Ed. Paidós, Barcelona 1993 p 105

⁶ Koselleck. Op.cit. p. 122.

⁷ Koselleck. Op.cit. p. 117.

⁸ En este sentido Sartori llega a negar que las sociedades Griegas del siglo V A.C. pueden entenderse como ciudades-Estado. Esta última vendría a ser una construcción social posterior que sólo podría emerger en el marco de sociedades más extensas y complejas (Sartori, 1993; 138). Es más, ni siquiera la

siempre se desarrolló en marcos socio-culturales específicos: las dimensiones de las ciudades eran pequeñas y sus ciudadanos vivían en una especie de simbiosis con su ciudad; estaban atados a su destino común⁹. Es más, ni siquiera la noción de individuo y libertad negativa existían; el ciudadano era libre en la medida en que podía participar en la vida política de la ciudad y se realizaba en la vida pública. Nada más alejado a lo que actualmente son las democracias basadas en la limitación y fragmentación del poder, y la libertad concebida negativamente (ausencia de coacciones). El liberalismo político da unidad de significado a las democracias modernas, y lo aleja de la noción inicial “el gobierno del pueblo”. Más bien, las democracias modernas son representativas, similares a lo que podríamos denominar “el gobierno de los políticos”.

Básicamente pueden reconocerse dos matrices de sentido a partir de las cuales la democracia ha cobrado sentido en la experiencia moderna: las democracias realistas y democracias de razón.¹⁰

La primera tiene su raigambre en la revolución Anglosajona (1688-1689) como un proceso continuo de restauración de determinados derechos presentes en la Carta Magna, los cuales habían sido usurpados por el absolutismo de las dinastías Tudor y Estuardo. Se trata no de una ruptura con el pasado ni una revolución con respecto un determinado orden, sino más bien de una reivindicación gradual. Algo similar ocurrió en la llamada revolución americana, donde la Declaración de Independencia (1776) reivindicó principalmente el derecho de los colonos a desenvolverse en el mismo plano de libertad que los ingleses. Por eso el término más preciso en este caso es el de la secesión.

Estas experiencias reflejan y también fundaron una matriz de sentido realista con respecto de la política, un presupuesto informativo: hablar de democracia significa describirla, antes que definir un ideal.¹¹ En esta experiencia se funda una definición procedimental, que establece los arreglos institucionales que definen el modus operandi de la democracia, tales como el sufragio y el sistema representativo de partidos. La democracia se entiende como un objeto de hecho.

La segunda matriz histórica se funda en la Revolución Francesa (1789), en la cual la ruptura total con el pasado fue mucho más radical que en los casos anglo-americanos. Aquí la democracia no sólo realizó el principio del gobierno popular, sino también

noción de individuo y libertad moderna (negativa) existían; el ciudadano era libre en la medida en que podía participar en la vida política de la ciudad y se realizaba en la vida pública. Nada más alejado a lo que actualmente son las democracias basadas en la limitación y fragmentación del poder y las libertades negativas: las democracias liberales.

⁹ SARTORI (1993).

¹⁰ SARTORI (1993).

¹¹ SARTORI (1993).

encarnó y dio sentido a los principios generales que guiaron la revolución. La democracia francesa fue en gran medida el resultado de la aplicación de un trasfondo de valores abstractos tales como la libertad, igualdad y fraternidad. Desde este foco entonces se funda una definición sustantiva que sienta aquellos principios fundamentales sobre los cuales debe asentarse la democracia, tales como el auto-gobierno y la participación. Dicho de otra forma, la democracia entendida como un ideal.

Ambas matrices se amparan y refuerzan tradiciones de pensamiento distintas. La primera, como ya se habrá hecho notar, tiene una conexión directa con el empirismo y el pragmatismo, mientras que la segunda establece un vínculo directo con el racionalismo. Ambas darán contenido al concepto en base a las nociones de representación y participación, y cimentarán las bases de su comprensión moderna. Por eso, si bien las posibilidades de representación y participación hoy distan de llevar el ideal Griego “el gobierno del pueblo”, tampoco pueden renunciar normativamente a realizar el auto-gobierno. Estos dos momentos, procedimiento y fundamento, se encontrarán en constantes tensiones.

3.2 La democracia es una construcción en proceso

Con el punto anterior dejamos sentado el hecho de que la delimitación de lo que significa “democracia” es ante todo una operación sociocultural, y por tanto, que su significado tampoco es estático, permanece en disputa y cambia en el tiempo; la democracia –dijimos- es un concepto histórico y reflexivo.

En efecto, esto sucede porque siempre que se hace uso presente de un concepto, se hace en un determinado contexto que le otorga sentido. Actualmente se trae a colación la palabra “democracia” cada vez que se quiere tematizar de alguna forma el presente: realizar un juicio comparativo sobre la existencia de una dictadura, resaltar sus bondades en relación a otras formas de organización, indicar su incapacidad para realizar el ideal de auto-gobierno, o simplemente para criticar el rol de las élites de una sociedad. Pero la forma en que se le utilice y signifique no da lo mismo, porque cada concepto proyecta un futuro que es encauzado por la propia operación de delimitar.

Esto sucede porque en toda actualización (uso) de un concepto hay una pretensión performativa de quienes lo utilizan; vale decir, que cuando se utiliza la palabra democracia, también se pretende generar efectos y tener consecuencias en cursos de acción concretos. Este es el carácter político del concepto: es el escenario de una lucha por significar el pasado, organizar el presente y abrir historias posibles para el futuro. Pero ¿qué está precisamente en disputa cuando decimos democracia?

En este nivel de abstracción se trata de las cuestiones de ontología que subyace a la definición de la democracia. Estas corresponderían a los factores que se invocan para explicar la naturaleza de la vida social, específicamente en el debate entre las teorías atomistas y holistas que enfrentan dos ontologías de lo social: el orden social emergente y espontáneo en un caso, y el orden como producto de la acción consciente de los individuos, en el otro.¹² En ambos casos se trata de proyectos políticos concretos que se encuentran en disputa, y cuya repercusión en el mundo práctico tiende a ser naturalizada, tal ocurre hoy en día con el liberalismo.

3.3 Entonces la definición de la democracia abre historias posibles de realizar

En el caso de un modelo democrático liberal emanado del atomismo, en el cual el rol del Estado se reduce a garantizar las libertades individuales y su poder se restringe a la regulación de conflictos, la participación política se relega a elección de representantes. Alineada con el postulado de que el individuo no se realiza en la política, sino en el desarrollo de su vida privada, la participación política sólo es deseable y necesaria para elegir representantes, más no en un proceso de participación activa en el proceso de deliberación.¹³

Sin embargo, para el caso de una democracia participativa que emana de una perspectiva holista, la representación no es suficiente, sino que se exige la participación activa del cuerpo de ciudadanos. Este es un modelo de democracia teleológico, puesto que tiene como finalidad garantizar el auto-gobierno colectiva, por lo que se requiere una ciudadanía comprometida con lo público, y no sólo con el desarrollo de la esfera privada. Así, el principio fundante es contrario al del liberalismo, indicando que el desarrollo individual se realiza en la participación, el sufragio, el uso ciudadano e las instituciones mediadoras y una sociedad densa.¹⁴

Por eso los intentos en la ciencia política, la filosofía, la historia y la sociología por asir el objeto -la democracia, se insertan en una tensión constante; porque la operación de delimitación de un objeto es también la proyección de un futuro, de un horizonte de posibilidades limitadas.

“...queda claro que los conceptos abarcan, ciertamente, contenidos sociales y políticos, pero que su función semántica, su capacidad de dirección, no es reducible solamente de los hechos sociales y políticos a

¹² CHARLES TAYLOR (1997), *Argumentos Filosóficos*. P 239. Ed. Paidós, Barcelona.

¹³ RAFAEL DEL ÁGUILA (2000), *La democracia*, en Rafael del Águila, *Manual de Ciencia Política*, Ed Trotta, Madrid.

¹⁴ DEL ÁGUILA (1997).

los que se refieren. Un concepto no es sólo indicador de los contextos que engloba, también es un factor suyo”.¹⁵

Y es factor de contexto porque tiene pretensión estructural, intenta imponer un orden al mundo, y con ello proyecta un horizonte de posibilidades: un sujeto vinculado o desvinculado de la comunidad, un Estado que concentra o distribuye el poder y una sociedad civil que se orienta hacia lo público o lo privado. Legitima estructuras y discursos, abre y cierra posibilidades, jerarquiza valores y prioridades, da y quita cuotas de poder, impone roles, deberes y obligaciones.

4. CONCLUSIÓN

Resumiendo lo anterior, podemos señalar ciertas características que enmarcan cualquier definición de democracia posible de realizar. Hemos abordado la democracia como un concepto sociopolítico: en primer lugar porque condensa experiencias históricas específicas que, desde la Grecia antigua hasta Latinoamérica contemporánea, articulan una forma particular de coordinación política. Por eso, entre otras cosas, si bien sabemos que “La democracia” puede ser muchas cosas, tenemos la certeza de que es distinta a la aristocracia, la monarquía y las dictaduras.¹⁶

Segundo, el pasado al cual remite nunca se significa de forma unívoca (lo que la democracia ha sido), sino que también es una construcción de significados que la mayoría de las veces está en disputa. Por un lado, cuando hoy decimos “democracia” estamos invocando la concepción moderna de la misma, liberal en su fundamento y representativa en su forma institucional. Pero tampoco da lo mismo como se la defina y valore, puesto que en dicha disputa por delimitar el concepto también se expresa una deseabilidad hacia el futuro, una aspiración hacia aquello que la democracia debiera ser que está siempre conectada a las luchas políticas de cada época.

Con esta base, podemos llegar a distinguir tres fundamentos que deben enmarcar cualquier aproximación sistemática al concepto: en primer lugar, que la democracia debe entenderse como un principio de legitimidad, en el cual la noción de participación viene a denominar una fuente de autoridad cuya connotación reconocida es la del “gobierno del pueblo”; vale decir, que se trata de una forma de organización en la que el poder no puede enraizarse en una auto-investidura, ni tampoco derivar de la fuerza. Segundo, que también la democracia es un sistema político, y como tal se caracteriza por hecho de que los procedimientos institucionales aseguran que el poder se transmita por mecanismos representativos- y no, por ejemplo, por medios violentos. Y finalmente –el que probablemente más complejice la

¹⁵ KOSELLECK (1993), p118.

¹⁶ En esta línea Giovanni Sartori en su libro “La democracia” (1993) dedica un capítulo exclusivo a identificar “lo que no es democracia” pp 115-134.

definición- que debe entenderse también como la aspiración hacia un ideal.¹⁷ Este último resulta fundamental porque permite la dimensión temporal del concepto, proyectándolo normativamente hacia un futuro que no existe.

En otros términos, cualquiera sea la experiencia histórica donde se le ubique, la democracia apela siempre ha de cumplir los principios básicos de representación y participación moderna de una u otra forma. Sin ir más lejos, de forma evidente se cae en la cuenta de que a lo largo de la historia reciente de Latinoamérica la democracia puede describirse mejor en base a la tercera de las condiciones antes descritas. A juzgar por la historia, la democracia en Latinoamérica parece designar la quimera de la inacabada construcción del orden deseado (el gobierno del pueblo), antes que la realización de los principios de participación y representación. Básicamente porque ni la fuente de legitimidad que emana de la participación en la toma decisiones ha existido, ni los mecanismos institucionales que garantizan la representación han estado asegurados un periodo de tiempo suficiente.¹⁸ Más bien, la palabra democracia en Latinoamérica invoca –a pesar de lo que las teorías de la *transitología* puedan indicar- un equilibrio precario.

BIBLIOGRAFÍA

ÁNGEL RIVERO (2000), *Representación política y participación*, en Rafael del Águila, *Manual de Ciencia Política*, Ed Trotta, Madrid.

RAFAEL DEL ÁGUILA (2000), *La democracia*, en Rafael del Águila, *Manual de Ciencia Política*, Ed Trotta, Madrid.

ROBERT DAHL (1999), *La democracia, una guía para los ciudadanos*, Taurus, Buenos Aires.

GIOVANI SARTORI (1987), *Elementos de Teoría Política*, Alianza Editorial. Madrid.

GIOVANI SARTORI (1993), *¿Qué es la democracia?*, Altamira Ediciones. Bogotá.

GIOVANI SARTORI (1988), *Teoría de la democracia, el debate contemporáneo*, Alianza Editorial, Madrid.

¹⁷ GIOVANI SARTORI (1987), *Elementos de Teoría Política*, Alianza Editorial. Madrid.

¹⁸ Autores como Arend Lijphart y Samuel Huntington señalan que es preciso considerar el periodo de tiempo o durabilidad de la democracia, sobre todo en los contextos de transición. Véase Arend Lijphart (2000), *Modelos de democracia*, Ed. Ariel, Barcelona. Y también Samuel Huntington (1991), *La tercera Ola. La democratización a final del siglo XIX*.

JOSÉ NUN (2000), *Democracia, ¿gobierno del pueblo o gobierno de los políticos*, Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.

MANUEL A. GARRETÓN, MARCELO CAVAROZZI, PETER CLEAVES, GARY GEREFFI & JONATHAN HARTLYN (2004), *América Latina en el siglo XXI, Hacia una nueva matriz sociopolítica*, Lom Ediciones. Santiago.

CORINA YTURBE (2007), *Pensar la democracia: Norberto Bobbio*, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México.

REINHART KOSSELLECK, *Historia Conceptual e Historia Social*, en: *Futuro Pasado* Ed. Paidós, Barcelona 1993

DAVID COLLIER & STEVEN LEVITSKY (1996), *Democracy with adjectives: Conceptual Innovation in Comparative Research*, Working Paper #230. Version digital disponible en <http://kellogg.nd.edu/publications/workingpapers/WPS/230.pdf>

CHARLES TAYLOR (1997), *Argumentos Filosóficos*. Ed. Paidós, Barcelona.